

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. portres meses para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISOS.

Se han remitido á provincia con los ordinarios los tomos terceros de la **Revolucion Francesa**, y los segundos de los **Misterios**; por el correo y en Madrid se han distribuido los de la **Revolucion**, y en esta semana quedarán repartidos los de los **Misterios**.

De la **España Geográfica** van repartidos hasta la entrega novena en provincia y la sesta en Madrid; procuraremos poner al nivel á los suscritores de Madrid con los de provincia, lo cual no ha podido verificarse hasta ahora por el escesivo número de suscritores que se han aglomerado. Continúa abierta la suscripcion por entregas á razon de dos rs. en Madrid y dos y medio en provincia, donde es necesario abonar 4 de una vez.

Con la primera remesa de julio que contendrá los tomos cuartos de la **Revolucion** y los terceros de los **Misterios**, enviaremos á provincia el tomo de las **Adiciones al Quijote**, ofrecido como regalo á los suscritores constantes de las dos secciones de la *Biblioteca Popular*. En Madrid se repartirá tan luego como esté concluido, lo cual se anunciará oportunamente.

Concluida la nueva impresion del **Quijote**, se ha remitido ya á los que lo tenían pedido, y los que gusten recibirlo podrán hacer el oportuno pedido.

Queda distribuido en Madrid y en provincia el número sexto del tomo tercero del **Museo de las Familias** perteneciente á este mes de junio.

RECLAMACIONES.

Algunos suscritores olvidando lo prevenido en el prospecto de la **Biblioteca**, reclaman, so pretexto de faltas, tomos y aun pliegos, despues de la época señalada para toda reclamacion; los perjuicios que se siguen á la empresa de este abuso son inmensos, y para evitarlos volvemos á repetir que no se servirá reclamacion alguna que no se haga antes de cumplidos los 30 dias despues de la reparticion del tomo, pliego ó número reclamado. De otro modo es imposible saber donde está la falta ni valuar la justicia de la reclamacion. El plazo de 30 dias es mas que suficiente para que pueda el suscriptor hacer valer su derecho, tanto mas, cuanto que todas las remesas se anuncian anticipada y repetidamente.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUILLOTINADA. (I)

CAPITULO I.

La barrera del combate.

Perros devoradores.

RACINE.

Hablais del asno de Sterne; hubo un tiempo en que su muerte, seguida de su oracion fúnebre, hacia derramar lágrimas dulces. Tambien escribo yo la historia de un asno, pero descuidada, que no me contentaré con la sencillez del *Viage sentimental*, y eso por muchas razones. Además de que esa naturaleza vulgar nos parecerá insípida en el dia, es muy difícil alcanzarla para que un escritor hábil se divierta en correr tras ella con la certeza de no llegar en último resultado sino al ridículo ó al fastidio. Habladme por el contrario de una naturaleza asaz terrible, asaz negra, asaz sangrienta; ¡eso si que es fácil hacer, eso si que escita los transportes! ánimo pues; el vino de Burdeos ya no os emborracha, veamos este gran vaso de aguardiente. Hasta del aguardiente hemos pasado ya; hoy nos hallamos en el espíritu de vino; no nos falta mas que beber éter puro; plegue á Dios que á fuerza de escesos no demos en el ópio.

Por ótra parte ¿qué valen la copa de Rodoguna y el veneno aristotélico que sube hasta sus bordes, comparados con los regueros de sangre negra que abren un surco en el polvo, mientras que al rededor del circo hay cristianos, que sirven de antorchas á los combates nocturnos, mientras que el robusto atleta, buscando desde la arena con la última mirada el dulce cielo de la argólida, solo encuentra la ávida mirada de la virgen romana cuya blanca y delicada mano le condena á morir?

(4) Creemos que no desagradará á nuestros lectores esta novela escrita por el célebre folletinista de los *Debates*, Julio Janin; el único inconveniente que hubiera podido retraernos que es el de ser algo larga, desaparece considerando que la *Crónica* ha de ser con el tiempo un volumen donde se encontrará reunido lo que ahora aparece en fragmentos. Por lo demas, el interes en que abunda y el fin moral que el autor se propone, bastaría para recomendarla, si el nombre de Mr. Janin no fuese ya por si bastante recomendacion.

El héroe de tan estraña fiesta prepara su muerte con gracia, estudia el modo de lanzar con armonía su último suspiro y de merecer una vez todavía los aplausos de la multitud satisfecha! Ah! nosotros aun no tenemos un circo semejante al de los romanos, pero tenemos la barrera del combate.

Imagináos un recinto pobre y medio derruido, unas puertas fuertes y toscas, y un ancho patio lleno de perros de diferentes edades con ojos rojizos y una espuma blanca pausadamente desprendida por entre sus negruzcos lábios. Había uno sobre todo al extremo del patio, gordo, grande, repleto, arrogante todavía, pero viejo y sin dientes; parecía el hermano de un sultan separado del número de los hombres, ó un antiguo rey de los franceses con la cabeza raída. Era el tal perro horroroso, tanto como Bayaceto en la jaula de su prision, con una tinta del cardenal de la Balue dentro de la suya; orgulloso y bajo, impotente y mohino, colérico y humilde, tan dispuesto á lamer como á morder; una verdadera figura de periódico ministerial. Ahí teneis ya pintado el teatro entero, añadiendo en el rincon del patio trozos manidos de caballo muerto, piernas goteando sangre, entrañas despedazadas y pedazos de higado reservados para las perras de parto. Todos estos despojos proveñian en línea recta de Charenton, lugar á donde van á fenecer todos los caballos de Paris. Allí llegan atados los unos á la cola de los otros, tristes, flacos, viejos, endebles, consumidos por el trabajo y por los palos; y luego que pasan de la puerta adentro y de la cabaña de la anciana señora de aquel castillo, la cual fijos los ojos en las víctimas, las vé desfilar con una arrugada sonrisa de vieja que espantaría á un muerto, se colocan en medio del patio frente á un lago de color de violeta en el que se vé nadando la sangre coagulada. Entonces comienza la carnicería: un hombre con los brazos desnudos y armado de un cuchillo los hiere uno tras otro: caen todos silenciosamente, mueren, y despues se vende de los cadáveres todo el cuero, la crin, los cascós, los gusanos para los faisanes del rey y la carne para los actores de la barrera del combate.

Hallábame, pues, en la barrera del combate, á la entrada del teatro, y por mi desgracia en un día en que no habia funcion. Los ladridos de los perros habian atraído al director del teatro, hombre pequeño, seco, flaco y con cabellos rojos y claros, respirando importancia por todas sus coyunturas; con tono solemne de mando, y á la vez con muchas arrugas obsequiosas, con una rodilla muy flexible y con una espina dorsal algo encorbadá. Conmigo estuvo muy atento:—No puedo, me dijo, enseñároslo todo hoy; mi oso blanco está enfermo, y el otro descansando; mi perro inglés nos devoraría á los dos; están ahora mismo cuidando á mi toro, y no me es dado hacer sino que devoren un asno, si teneis gusto en ello.—Vaya pues el asno, repliqué, y entré en el recinto silencioso,

yo solito, como si hubiese asistido á un teatro dotado con rentas públicas.

Asi, pues, me veia sentado en aquel sitio, sin un compañero siquiera á quien poder comunicar lo superfluo de mis emociones, sin que al menos se hallase detras de mí un honrado carnicero escoltado por alguna buena exclamacion admirativa, capaz de electrizarme; estaba en una atmósfera de egoismo difícil de describir. Al fin abrióse una puerta y vi parecer...

¡Un pobre asno!

Robusto y arrogante habia sido sin duda, pero estaba triste y enfermo, y solo se tenia sobre tres pies: el izquierdo de delante se le habia roto un tilburí de alquiler, y apenas así el animal habia podido arrastrarse hasta la arena del combate: os aseguro que aquello era un triste espectáculo. El desventurado asno comenzó primeramente por buscar el equilibrio; dió un paso, despues otro, despues alargó cuanto pudo la pierna derecha de delante, y despues bajó la cabeza dispuesto á todo. Al mismo tiempo cuatro enormes perros se lanzan, se acercan, retroceden, y por último se arrojan sobre el pobre animal: destrozan su cuerpo en pedazos, le taladran con sus agudos dientes, y el atleta permanece quieto y tranquilo sin dar una coz siquiera, porque caeria al suelo, y como Marco Aurelio quiere morir de pié. Presto corre la sangre, el paciente derrama lágrimas, sus pulmones se chocan entre sí, y ¡yo estaba solo! En fin, cae el asno á los golpes, y entonces ¡miserable de mí! doy un grito agudo ¡porque acabo de encontrar un antiguo conocido!

En efecto era él.

No habia otro asno sino él que tuviese debajo del cuello aquella negra cicatriz rodeada de un modo estraño de una mancha blanca armoniosamente mezclada con el color rucio. El infeliz habia desempeñado un papel demasiado importante en la carrera de mi vida, para que no estuviese presente á mi memoria el menor accidente de su naturaleza. Digno Buchi ¡con que debia ser yo la causa de tu muerte! Hele ahí tendido en tierra, á ese que en otro tiempo habia yo acariciado con mi mano cariñosa: y su ama, su jóven ama ¿donde está ahora? Agitado de esta manera salté á la arena por huir mas ligero: al pasar por delante de Buchi ví que luchaba aun bajo el peso de una horrible agonía; y lo que es mas, en uno de esos últimos saltos de la muerte que lentamente se acerca, recibí de la pierna rota del moribundo un débil golpe, un golpe inofensivo que se asemejaba á una queja dulce y tierna, al último y triste adios de un amigo ofendido que perdona.

Sin poder respirar sali de aquel fatal sitio.

Buchi, exclamé, ¡con que eres tú! ¡tú muerto! tú, en otro tiempo tan retozon y tan vivo! E involuntariamente recordé tanta falaz ventura, tanta travesura inocente, tanta gracia decente y tierna como un día habian venido á mí, al trote corto, sobre el lomo de aquel pobre animal. ¡Esto es una

tierna y melancólica narración! ¡Dos héroes muy diferentes sin duda, pero dos héroes sin embargo inseparables de mi libro! El uno se llamaba Buchi, como ya sabeis; el otro se llamaba Enriqueta; ahí teneis su historia: no la cuento para vosotros, me la cuento á mí solo, ¡á mí que soy el mas digno de lástima de los tres, aunque todavía libre y mas inocente que tú, mi pobre Buchi!

CAPITULO II.

El Buen Conejo.

Enteramente jóven.

M^{ME}. COTIN.

El día 2 de mayo hará dos años que iba yo por el camino de Vanvres enteramente entregado á la felicidad de vivir, de respirar, de sentir un aire puro, templado, circular en rededor mio; contemplando con la admiración de un niño la menor florecilla que veía abrirse, y parándome los cuartos de hora enteros á mirar los lindos molinos de viento dar vueltas con una gravedad magistral. De improviso, justamente en el recodo del camino tan mal abierto, tan estrecho, tan pedregoso y sin embargo tan querido, que guía á la taberna del Buen Conejo, vi una muchacha montada en un asno que corría desbocado. ¡Oh encantador espectáculo! Toda mi vida la hubiera estado mirando. La muchacha estaba sonrosada, animada, su estatura era alta, y su garganta luchaba con el viento; en medio de su terror habia perdido su sombrero de paja, sus cabellos se movían en desorden, y gritaba con una buena voz: ¡para! Pero el maldito asno seguía corriendo, y yo le dejaba correr; agradábame aquella marcha aérea, aquel temor animado, y el riesgo que amenazaba al jinete. ¡Una muger en manos de la suerte, y la suerte en mis manos! Ella gritaba; nadie habia por allí! solo estábamos mi perro y yo: ¡á él Rustan! le grité. El perro corre hacia el asno, el asno se detiene de repente, la muchacha cae, ella y yo damos un grito, cójola en mis brazos, y el asno se escapa por medio de los prados.

Apenas la tenía yo en mi poder contemplándola ya como un bien que me pertenecía, cuando se levanta con rapidez y dá á correr en pos de su asno: ¡Buchi! ¡Buchi! al mismo tiempo corría igualmente mi perro ladrando, pero Buchi corría mas...

Yo fui ante todo á recoger el sombrero; un sombrero de paja comun, con una cinta descolorida, una mala flor azul, y sin embargo con cierta cosa que revelaba una buena y benévola naturaleza de muchacha; ¡la muchacha estaba bien lejos de mí!

—Buchi! Buchi! gritaba ella.

Entretanto Rustan seguía corriendo detras del asno, y me le iba trayendo por el camino mas corto, precisamente por el sitio donde habia caído el sombrero. Habia entre su dueño y yo una línea cur-

ba muy larga; detuve pues al asno á la orilla del camino detras de un ancho espino, y mientras que la muchacha gritaba. —¡Buchi! ¡Buchi! yo me monté en el rucio, me puse el sombrero de paja, é internándome en un bosquecillo, comencé á andar al paso.

Continuaba ella gritando: —¡Buchi! ¡Buchi! y yo hacia que sonára mucho la campanilla de Buchi, buscando algun árbol corpulento detras del cual pudiese dejarla acercarse. Llegó á la orilla del bosque mas sonrosada que antes y con una viva inquietud, pero cuando volvió á ver á su Buchi, corrió precipitadamente á abrazarle, á darle besos, y á llamarle con mil diversos nombres: —Ya estás aquí, le decía, Buchi, y dábale besos, y el animal se dejaba querer, mientras que yo, clavado sobre su lomo, no lograba una mirada, al par que inclinado hacia la muchacha habria dado mi vida por obtener uno de los tiernos besos que ella prodigaba á Buchi: Buchi absorbía todos sus pensamientos.

Al fin alzó la cabeza: —¡ah! que está aquí mi sombrero; exclamó con acento regocijado; en seguida me miró con sus grandes y negros ojos, y viendo que no me apeaba, se sentó sobre el césped en frente de mí y del asno: se arregló el cabello, se enjugó la frente, volvió á ponerse el sombrero, soltó un gran suspiro de cansancio, y se levantó como para decirme: ¡Dejad el puesto! Como parecia determinada á no dejarme por mas tiempo su asno, apeeme de él, y ella se montó de un brinco.

Un latigazo con la rienda, un talonazo fuerte, y ¡andando! Jamás habia yo visto muchacha mas seductora, mas risueña, mas fresca. Por lo demas, ni una palabra, ni una mirada para mí: yo fui todo ojos pero ni una palabra para ella. Y ¿qué podía haberle dicho! Ella estaba toda embebecida con Buchi y su sombrero: y ademas, yo no soy de esos paseantes sin moralidad que se figuran que no hay sino una manera de tener interés por una muger, para mí hay mil maneras muy inocentes. Vosotros habláis de cogerle una mano: y ¿no es, os pregunto yo, una dicha inefable haberla visto correr, levantarse, sentarse; haberla oído llamar á Buchi; haber estado montado sobre su asno; y sentado en el mismo sitio que ella; haber cubierto mi cabeza con su sombrero de paja; haber cruzado por debajo de mi barba la cinta que habia sujetado la suya; y haber estado inclinado hacia ella desde lo alto de Buchi, mientras ella le daba besos? ¿Qué estais hablando de corazón y de alma? ¿Qué es el corazón de una muger? ¿lo sabeis? ¿Qué hombre será bastante confiado para creer en la sonrisa de ellas, para prestar fé á sus juramentos? Claro está que solo lo hará quien sea enteramente jóven. Pensando y meditando así, volví al fondin del Buen Conejo, completamente poseído de mi anterior ventura.

A mí me gusta el fondin del Buen Conejo. Le hallareis, como os decia antes, al pié de la mon-

taña de Vanvres, dando espaldas á un molino, y hospitalariamente situado entre un patio y un jardín; el patio está á la sombra de varios árboles, y le cubre, cuando hace calor, un tupido toldo que defiende del sol á los parroquianos; este patio es por lo comun el comedor de las *comadres* de París que, cuidándose bien poco de ser vistas, tienen gusto en mirar pasar por el camino real á los que van y vienen. Hacia el lado de estas parroquianas se dirigen incesantemente el vino fuerte, el pan bazo, el brazuelo del carnero, y la vaca asada; el jardín presta su sombra á gastrónomos menos carnívoros, muchachas y muchachos, muchachas y viejos, muchachas y militares, muchachas y gente de la curia: me admira en verdad que haya tantas muchachas en el mundo; preciso es que se multipliquen terriblemente para cubrir tantos puntos. Con las muchachas sucede lo mismo que con las liebres en el jardín del Buen Conejo.

Yo me dirigí á un rincón del jardín para sentarme solito, sin muchacha, pero en realidad señor absoluto de cuantas veía, y que en el fondo de su alma habrían verdaderamente deseado estar en otra parte. La una no comía por haber almorzado en diferente punto; la del soldado, hambrienta, mostraba una boca ancha y vacía al aspecto de aquella hambre de cuartel; la del magistrado se impacientaba evidentemente considerando la lentitud del buen hombre, y dando al diablo aquella mandíbula sin dientes y aquel comer sin energía. En un bosquecillo más lejano se habían refugiado un joven y su prima: ¡diez y siete años uno y otro! Toda su comida se reducía á pan y queso; pero comían con alegría y apetito, cogiendo el pan á bocados y menudeando estos á cada instante: ¡no se logra una comida semejante dos veces en la vida!

La muchacha y Buchí no se apartaban de mi alma. Las gracias del uno, vivo, juguetón, atrevido, ligero; la hermosura de la otra, viva, traviesa, atrevida, ligera; aquellas soberbias orejas que amenazaban á los cielos, aquella sonrisa juguetona que desafiaba á la desgracia; aquel trote tan elegante y tan suave, aquella carrera tan esbelta y animada! Habíanme vuelto loco el uno y la otra; además, ¡se comprendían ellos tan bien! ¡salía tan naturalmente de la boca de ella el nombre de Buchí! ¡dichosa pareja! ni uno ni otro habían parado en mí absolutamente la atención; á mí, que con tanto ardor los había seguido, que los amaba tanto, no me habían mirado siquiera. Volvíme del paseo por el camino más corto, sin mirar ya ni la yerba naciente, ni los molinos de viento, ni nada de aquel bello paisaje que me distraía por la mañana; sentíame triste, incomodado, como un hombre sorprendido de hallarse solo. Un incidente vino á sacarme de mi enagenación. Pasaba yo al lado de un tosco campesino, de un rústico en toda la fuerza del término, que caminaba detrás de un vil borrico cargado de estiércol, al cual el conductor apaleaba sin piedad,

cuando le oigo decir: ¡Toma, Buchí! ¡Buchí! me vuelvo, miro, ¡infeliz! era él; ¡él, encorbado bajo aquel infame peso! ¡él, que poco antes caracoleaba bajo aquella ideal figura! ¡á él estiércol y palos! ¡Qué repentina transición! ¡qué metamorfosis inesperada! Pasé por delante de Buchí, echándole una mirada de compasión que él me volvió como pudo; y fui desgraciado durante ocho días: ¡aquella muchacha y aquel rústico, y aquel estiércol sobre el mismo lomo! y luego, ¡no sé qué triste presentimiento sobre el porvenir de la linda campesina!

En vano, después de haberme tranquilizado un poco, respecto de la aventura, me empeñé en pasear todos los días los alrededores de Vanvres y del Buen Conejo, en vano fui con frecuencia á sentarme al pie del espino que la vió caer: encontré muchos asnos y muchas muchachas, pero ¡ninguno era Enriqueta ni Buchí!

CAPITULO III.

Los sistemas.

La desgracia es una musa.
YOUNG.

Desde aquel día comencé á ponerme triste: la nueva poesía lo invadía todo, y no sé que reflejo tenebroso de una pasión á lo Werther se apoderó repentinamente de mí, ello es que ya no fui el mismo que antes. Entonces alegre, jovial y resuelto; ahora triste, silencioso y pausado; amigo en otro tiempo del regocijo, de las carcajadas y de una arrebatada canción de Baco, mientras que con los dos codos apoyados sobre la mesa me estrechaba, sin pensarlo, contra un talle femenino artísticamente redondeado y empujaba furtivamente con el pie derecho un piececito que no lo advertía; y huyendo ahora de la mesa por estar solo, huyendo de una canción alegre por buscar el drama... y ¡Dios sabe qué drama! Yo, que os estoy hablando, los he compuesto terribles; el primer acto os hubiera parecido ser el quinto, ¡tanta sangre había en él! En este género he hecho descubrimientos inmensos, he hallado al dolor un nuevo filón: hay en ello una historia entera, una cadena variada de gradaciones insensibles y sin embargo perfectamente distintas; un Olimpo que me he construido yo mismo, amontonando los vicios sobre los crímenes y la infección física sobre la bajeza moral, desollando á la naturaleza á fin de que privada de su piel blanca, tersa y cubierta del encarnado suave y del colorado terciopelo del abridor, puedan verse sus complicados vasos, su sangre que circula, y sus arterias que se cruzan en todos sentidos! y á fin de que se pueda oír al corazón lanzar un sonido cavernoso dentro del pecho; en una palabra un viviente desollado. Figuráos la operación: un hombre fuerte y joven todavía, tendido sobre una ancha piedra negra, y dos verdugos prácticos que le ar-

rancan la piel caliente y sangrienta como la de una liebre, sin rasgar una sola tira. Tal es la naturaleza escogida por mí; la verdad tratada como las demas cosas, la verdad desnuda como la decia el misántropo Timon.

Por desgracia no se llega fácilmente á un resultado tan completo: se necesita mas tiempo, mas cuidado, mas atencion escrupulosa y firme de lo que ordinariamente se cree para llegar á completar así las sensaciones, á marchitar del todo la sencillez inocente del alma. Yo, sobre todo, que de muy jóven me complacia en leer á Fontenelle y á Segráis, me acuerdo mucho, que aquellos pastores con camisas de batista, aquellas pastoras con ahuecados, aquellos corderos con polvos, aquellos cayados adornados de cintas de color de rosa, aquellos prados en forma de sofás, aquel sol que no empañaba el rostro, aquel cielo sin lluvias, me hacian pasar momentos de éstasis indecible: tambien me gustaban mucho la *Galatea* de Virgilio, los dos *Pescadores* de Teócrito y la comedia deliciosa de las dos mugeres de Atenas. Perdonadme, entonces mis ideas eran falsas. En efecto ¿qué es un pastor? un infeliz andrajoso que se muere de hambre y gana un real diario por conducir unas cuantas ovejas sarnosas á lo largo de un camino real. ¿Qué es una pastora? un gran pedazo de carne que tiene la cara bermeja, las manos morenas, los cabellos mugrientos y que huele á manteca y ajo. Teócrito y Virgilio han mentido: ánimo pues, y, mediante á que es preciso, demos el beso de paz á esa naturaleza que acabamos de descubrir.

Por otra parte, todo consiste en saber manejar-se; una mano estrechada oportunamente, una mirada lanzada en su tiempo y lugar, un suspiro bien aplicado, hacen las mas veces adelantar mucho en una intriga de amor. En cuanto á mí, la primera vez que cogí la mano á esa naturaleza fué en la Morgue, (1) y como debeis pensar, antes de llegar á semejante atrevimiento, le habia hecho por mucho tiempo la corte.

En primer lugar, habia renunciado al campo, á las flores, á Vanvres, al Buen Conejo, y á aquel camino monótono por donde yo paseaba venturoso, sin ver que mi ventura era vieja, como la primera primavera de este mundo. En seguida, me puse á mirar la naturaleza bajo un aspecto enteramente contrario: cambié de anteojo nada mas, y en efecto vi cosas horribles. Así al principio cuando por la mañana me ponía á la ventana con la cabeza cubierta del blando algodón coronado de una borla, y con los ojos todavia pesados á consecuencia de un sabroso y profundo sueño que he perdido despues, mi engañada vista tenia la costumbre de no percibir en el primer movimiento de una ciudad que se despierta, si no una paz inocente. Yo interrogaba al

vasto palacio cuyas anchas puertas comenzaban apenas á abrirse, descorria con el pensamiento sus dobles cortinas blancas y encarnadas; me figuraba ver sobre la brillante alfombra de Aubusson la linda babucha amarilla, el hermoso manton de Cachemira dejado con indiferencia sobre el sofá, y en la cama suntuosa una duquesa jóven sumergida en un sueño tan risueño como ella y sin querer despertar por acabar el ensueño demasiado breve de la noche. Mas arriba veia á una muchacha de la clase obrera, dentro de su boardilla, ocupada en su tocado delante de la ventana: su primer cuidado era recoger sus largos cabellos con un peine de cuerno de puas desiguales, en seguida cubrir su cabeza con su redonda cofia de las costureras, y despues de haberse mirado por la última vez en un fragmento de espejo, encaminarse alegremente al taller. A mis pies el viejo solteron con su puchero en la mano cedia el paso á la criada jóven, mientras que la lechera aguardaba en medio de ambos para despacharlos, teniendo á la espalda su carrillo y su mastin; despues llegaba un pobre, todavia fresco, recogiendo una abundante limosna; y á lo lejos percibia á la innoble cortesana, pálida, vagabunda, con el trage en desórden, entrando furtivamente en su aposento. Cada mañana gozaba yo durante una hora de esta insípida felicidad, despues de lo cual regaba mis claveles, cortaba mis rosas, y me ponía á leer alguna obra maestra de los autores antiguos. Así pues yo era un hombre incompleto, un hombre perdido, sino hubiese caído en la cuenta, sino hubiese encontrado á la jóven Enriqueta sobre un asno, é inmediatamente despues al asno bajo una carga de estiércol.

¿De qué dependen las cosas! Cuando, despues de maduras reflexiones y de violentos combates, hube renunciado por las mañanas á mi ventana, á mis rosas y á mis claveles; cuando me hube persuadido enteramente de que tambien habitaba el vicio en moradas suntuosas; de que la obrera se abandonaba al primer desconocido que queria llevarla á bailar á la barrera; de que el solteron del puchero nunca habia sido mas que un pobre egoísta cuya cortesania era así mismo una bajeza; de que la criada, educada por su ama, arrebatada á esta sus mas caras afecciones y desmoralizaba al mas jóven de sus hijos; y de que todos aquellos mercaderes no se levantaban temprano sino para adulterar sus drogas, ni daban limosna sino por supersticion; puseme á buscar una cosa cualquiera que reemplazase aquel espectáculo tan animado, y me fuí al tribunal, á la hora del medio dia; esta es la mejor hora. Un abogado que sube, otro que baja, jóvenes imberbes aparentando negocios y no teniendo ninguno, magistrados fastidiados, alguaciles que gritan, pesados carruages cargados de presos que juegan su vida ó su libertad á los dados de la elocuencia del primero que llega. De suerte que en el santuario de la justicia no hallé digno de admiracion sino el emberjado que es todo de hierro y dorado enteramente: y me figuré

(1) Morgue palabra francesa, de origen griego, significa aqui el lugar donde son espuestos para su reconocimiento los cadáveres de los que mueren desgraciadamente: espero se disimulará la libertad de analizar la palabra, por no haber equivalente en nuestro idioma.

ver delante del emberjado á un cerragero, espuesto á la vergüenza por haber robado un pedazo de hierro, y reflexionando tristemente que aun hubiera continuado siendo dichoso y libre en medio de su familia si hubiese sido dueño de una parte del mismo emberjado; me figuré que el cuitado se sentía de repente interrumpido en sus reflexiones por una cosa fría que le marcaba la espalda, dejándole un dolor agudo: y una infamia eterna! (1)

En otro tiempo me gustaba á mí el muelle de las Flores, sitio encantador que reúne las dos orillas del Sena, y á donde concurren todos los aficionados á los placeres baratos: allí sin escritura, sin escribano, sin informaciones, comprais una tierra, un vergel, un jardín que os llevais debajo del brazo; mirtos, rosas, renúnculos, adelfas, florecillas azules sin olor, margaritas blancas, anchas y amarillas en el centro, claveles abiertos sobre un naipe, que á veces es un rey de espadas ó de oros, ó cualquiera otra de las potestades decisivas del juego que envian á un hombre á galeras ó al fondo del agua. Mirado de mas cerca el muelle de las flores me entristece: está á dos pasos del patíbulo, sobre el camino de la Greva, enfrente de la *Gaceta de los Tribunales*, cercado de alguaciles, de procuradores, de escribanos, teniendo en el fondo de cada vaso esencia de cal para que la flor salga mas hermosa, poco mas ó menos como las disciplinas del maestro de escuela hacen al niño mas dócil y mas amable. Ya no paso sino muy rara vez por el muelle de las Flores.

Así ¡todo se desnaturaliza! La verdad tan deseada de los sábios es una cosa espantosa, es como los espejos de aumento: acercáos y retrocederéis de terror al aspecto de unos ojos sangrientos, de una piel llena de surcos, de unos dientes cubiertos de tártaro, de unos labios resquebrajados; y sin embargo ese es vuestro rostro de jóven. En este mundo una pasión nueva casi siempre basta para aumentar los objetos como los espejos de aumento, y entonces cuanto pasa delante de nuestros ojos se presenta á ellos con una tinta uniforme. En cuanto á mí, ya me era imposible ver otra cosa que una naturaleza contrahecha. Mi inflexible análisis se introducía por todas partes, rasgando descaradamente los vestidos mejor cortados, rompiendo la mas pequeña lazada, descubriendo sin miramiento la enfermedad mas oculta, y conceptuándose feliz en su maligna alegría al hallar tantas escepciones de lo bello. Y á la verdad lo bello ¿donde existe? ¿quién es el hombre que posee lo que él llama sentidos, ese no sé qué tan mezquino con el cual aspira á penetrar la naturaleza? Pensando de esta manera me dirigí al hospicio de los ciegos, y tuve que taparme los oídos al percibir la música que allí se toca; fui al establecimiento de sordo-mudos, y cerré los ojos por

(1) La marca del hierro ardiendo fué abolida en el último trastorno de la Francia.

no ver la metafísica que se les enseña; entré en las casas de ortopedia, y reflexioné amargamente que todos aquellos defectos vertebrales iban á ser disimulados para engañar y á mí el primero.

Ví entre otras cosas, en un hermoso día de reemplazo militar, á los defensores de la patria: los unos tenían camisas sucias, los otros camisas rotas; algunos, y eran los mas elegantes, no tenían camisa; ¡qué cuerpos! ¡qué miradas! ¡qué vago deseo de no ser soldados! ¡Mirad ese hombre que los mide, que los estudia con menos miramiento que lo haria con un caballo de calesin! á la verdad la especie humana es una especie degradada; ni razas distintas, ni un hombre parecido á otro hombre, ni un carácter que obligue á los demas á decir: ese es un lemosino, ese es un lionés, ese es un parisiense; toda la especie es una misma clase.

(Se continuará.)

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.

ROMANCE ESCRITO EN EL SIGLO XVII.

Cercada está Santa Fé,
Con mucho lienzo encerado
Al rededor muchas tiendas
De seda, oro y brocado.
Donde estan duques y condes
Señores de grande estado,
Y otros muchos capitanes,
Que lleva el rey don Fernando.
Todos de valor crecido,
Como ya lo habeis notado
En la guerra que se hecho
Contra el granadino estado.
Cuando á las nueve del dia
Un moro se ha demostrado
Encima un caballo negro
De blancas manchas manchado:
Cortados ambos hocieos,
Porque lo tiene enseñado
El moro, que con sus dientes
Despedaze á los cristianos.
El moro viene vestido
De blanco, azul y encarnado
Y debajo esta librea
Traia un fuerté jaco
Y una lanza con dos hierros
De acero muy bien templado,
Y una adarga hecha en Fez
De un ante ricò estimado.
Aqueste perro, con befa
En la cola del caballo
La sagrada Ave Maria
Llevaba haciendo escarnio;
Llegando junto á las tiendas
Desta manera ha hablado:
¿Cuál será aquel caballero,

Que sea tan esforzado,
 Qué quiera hacer conmigo
 Batalla en aqueste campo?
 Salga uno, salgan dos,
 Salgan tres, ó salgan cuatro,
 El alcaide de los donceles
 Salga, que es hombre afamado,
 Salga ese conde de Cabra
 En la guerra experimentado,
 Salga Gonzalo Fernandez
 Que es de Córdoba nombrado:
 O si no Martin Galindo
 Que es valeroso soldado.
 Salga ese Porto-Carrero,
 Señor de Palma nombrado;
 O el bravo don Manuel
 Ponce de Leon llamado,
 Aquel que sacó el guante
 Que por industria fué echado
 Donde estaban los leones
 Y él le sacó muy osado,
 Y si no salen aquestos,
 Salga el mismo rey Fernando
 Que yo le daré á entender
 Si soy de valor sobrado.
 Los caballeros del rey
 Todos le están escuchando,
 Cada uno pretendia
 Salir con el moro al campo.
 Garcilaso estaba allí,
 Mozo gallardo, esforzado
 Licencia le pide al rey
 Para salir al pagano:
 Garcilaso, sois muy mozo
 Para emprender este caso,
 Otros hay en el real
 Para poder encargarlo.
 Garcilaso se despide
 Muy confuso y enojado
 Por no tener la licencia
 Que al rey habia demandado.
 Pero muy secretamente
 Garcilaso se habia armado
 Y en un caballo morcillo
 Salido se habia al campo.
 Nadie le ha conocido
 Porque sale disfrazado,
 Fuese donde estaba el moro
 Y desta suerte le ha hablado.
 Ahora verás, el moro,
 Si tiene el rey don Fernando
 Caballeros valerosos
 Que salgan contigo al campo;
 Yo soy el menor de todos
 Y vengo por su mandado.
 El moro cuando le vió
 En poco le habia estimado
 Y díjole de esta suerte:
 Yo no estoy acostumbrado
 A hacer batalla campal
 Sino con hombres barbados,

Vuélvete rapaz, le dice,
 Y venga el mas estimado:
 Garcilaso con enojo
 Puso piernas al caballo.
 Arremetió para el moro
 Y un gran encuentro le ha dado;
 El moro que aquesto vido
 Revuelve asi como un rayo;
 Comienza la escaramuza
 Con un furor muy sobrado;
 Garcilaso aunque era mozo
 Mostraba valor sobrado,
 Dióle al moro una lanzada
 Por debajo del sobaco,
 El moro cayera muerto,
 Tendido se habia en el campo,
 Garcilaso con presteza
 Del caballo se ha apeado,
 Cortárale la cabeza
 Y en el arzon la ha colgado,
 Quitóle el *Ave Maria*
 De la cola del caballo,
 E hincado de ambas rodillas
 Con devocion la ha besado,
 Y en la punta de la lanza
 Por bandera la ha colgado.
 Subió en su caballo luego
 Y el del moro habia tomado.
 Cargado destos despojos
 Al real se habia tornado
 Do estaban todos los grandes
 Tambien el rey don Fernando.
 Todos tienen á grandeza
 Aquel hecho señalado
 Tambien el rey y la reina
 Mucho se han maravillado
 En ser Garcilaso mozo
 Y haber hecho tan gran caso.
Garcilaso de la Vega
 Desde alli se ha intitulado
 Porque en la Vega hiciera
 Campo con aquel pagano.

LA HORTENSIA.

La hermosísima flor llamada Hortensia es tan conocida de la mayor parte de los lectores que nos hubiéramos ahorrado dar de ella el dibujo, si este no tuviese interés para aquellos que dedicándose á la historia natural, gustan de hallar entre nuestras viñetas algunos ejemplos de las clasificaciones admitidas por los botánicos.

La hortensia tiene sus flores de la forma que llaman en *corimbo*. Dichas flores forman distintos grupos que se encuentran en el extremo de las ramas. Las mas internas en nada son parecidas á las esternas

La belleza de estas flores, que ya son de color de rosa, ya azules, les valió el ser muy de moda hará como treinta años, y aun en el día, sin ser objeto de un exclusivo empeño, no dejan de ser muy buscadas, no obstante ser inodoras.

Commerson, habiendo hallado esta planta en

su viaje al rededor del globo, dedicóla á una persona querida que le acompañaba en sus escursiones. Aunque antes que él habian descrito esta planta otros viajeros como Thunberg y Loureiro, habianla dado nombres diferentes, y confundido con otras especies.



La Hortensia.

Los chinos y japoneses á cuyos paises fuimos á buscar la hortensia, aprecian como nosotros su gracia y colores; de modo que en los papeles pintados que de allá nos llegan, á menudo vemos estas flores al lado de las camelias, que tambien á su vez hicieron furor entre las sociedades de elegantes, en los bailes, tertulias etc.

La hortensia se multiplica muy fácilmente; pero debe resguardársela del frio: sus flores se suceden y conservan todo su lustre durante la

mayor parte de la primavera. La variedad que produce las flores azules se obtiene mediante una tierra ferruginosa. Los japoneses llaman á esta planta *sijo*, y los chinos *sau cau-hoa*.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.